

LA PRESIDENCIA ESTA "COMO AUSENTE"

Pablo Neruda lo dijo así: "Me gustas cuando callas porque estás como ausente". Para el poeta, la "como ausencia" de la amada es, a la vez, un misterio y un poderoso atractivo; se trata de un juego amoroso tan antiguo, por lo menos, como la civilización misma. Sin embargo, cuando esas actitudes se trasladan del campo de la seducción al de la política, el resultado puede ser un desastre. La actual presidencia mexicana parece decidida a comportarse como una misteriosa doncella ausente justo en el momento en que la sociedad mexicana lo que demanda y necesita es lo contrario: el compromiso intenso, claro y decidido del jefe de gobierno para superar un pasado ya inaceptable y un presidente inviable.

Es evidente que hoy muchos de los amarres del viejo sistema político se están desatando y que la nave en que todos vamos está haciendo agua y el puerto al que deseamos arribar aún está lejano. Es verdad que ya se perfila en la lejanía el sistema político moderno, justo y democrático que exigimos y merecemos, pero aún no llegamos a él, y si los actores políticos no actúan con inteligencia, podríamos no llegar. Pasar sin solución de continuidad de una supuesta presidencia todo poderosa -la de Carlos Salinas- a una presidencia que está "como ausente" -la de Ernesto Zedillo-, cuando aún no logramos instalarnos en la democracia, es tomar un camino que bordea con el desastre.

La vieja Presidencia, la que hoy está agonizando y a la que no se debe revivir, no sólo fue el ombligo de nuestro sistema político, sino que, de hecho, fue el sistema mismo. Por varias generaciones los mexicanos fuimos educados en esta incertidumbre: que fuera de la presidencia y de su creciente burocracia, no había ninguna otra fuente de poder digna de tal nombre. Y es que salvo el Ejecutivo y su maquinaria, casi ninguna institución brillaba con luz propia. Por más de medio siglo, prácticamente todo lo que funcionaba políticamente lo hacía echando mano de un poder delegado por la presidencia. Reflejo de ese poder presidencial eran partidos y corporaciones, secretarios de Estado o presidentes municipales, directores de empresas públicas, ministros de la corte, rectores, senadores, diputados, gobernadores, líderes obreros o sindicales, industriales, banqueros y comerciantes exitosos; incluso algunos de los líderes intelectuales y académicos eran parte de la lista.

Tanto poder, tan concentrado en una sola persona e institución y por tanto tiempo, fue lo que finalmente llevó a la clase política mexicana en su conjunto y a la sociedad toda, a la absurda y degradante situación en que hoy nos encontramos: una depresión económica que se prolonga ya por dos decenios, una corrupción galopante que permea a todas las instituciones públicas y a una buena parte de las privadas, una dependencia de Estados Unidos sin paralelo en el siglo XX y creciente, una desmoralización colectiva y otras cosas semejantes.

La situación es de extremos. Por años la oposición exigió un Poder Ejecutivo menos centralizador, absorbente, antidemocrático y corrupto. Con toda razón se argumentó entonces que una presidencia que había desbordado, y con mucho, su marco constitucional, era la raíz y el producto de un autoritarismo que impedía la modernización y la convivencia civilizada entre sociedad y gobierno mexicanos. Había, pues, que transformarla para poder avanzar.

De pronto, y sin que la oposición hubiera logrado derrotar en la urnas al partido de Estado, la vieja demanda de disminuir el poder presidencial pareciera hacerse realidad, pero no por las buenas razones ni por el buen camino. En efecto, en 1995 una presidencia muy disminuida por el cúmulo de errores, pareciera empeñada en disminuir no sólo la presencia del sector estatal en la economía como lo requiere su ideología neoliberal, sino la suya propia; ahora bien, esta abdicación de responsabilidades presidenciales está teniendo lugar de mala manera y cuando aún no es tiempo. En efecto, en cosa de meses hemos pasado de un extremo a otro del espectro en materia de presidencialismo, pero sin, haber tenido nunca la oportunidad de llegar a donde deberíamos: al justo medio. Lo que se necesita y se pide es evolucionar con seguridad no hacia una presidencia sin contenido, sino hacia otra, que sea a la vez fuerte y legítima, capaz de encabezar a la sociedad pero sin avasallarla, dispuesta a operar en un sistema con auténtica

división de poderes sustentada en elecciones legítimas, es decir, competidas, equitativas y creíbles.

En fin, que de una situación donde nada se decidía sin la voluntad o el consentimiento del señor presidente, ahora pareciera que nos dirigimos rápidamente a otra donde no hay quien decida nada de lo urgente y menos de lo importante, donde nadie pareciera estar al mando, y donde la famosa nave del Estado sigue un curso que nadie en particular ha trazado y donde nadie en concreto es ya responsable.

La "Sana Distancia" que postuló Ernesto Zedillo entre la institución presidencial y su partido, no resultó ser exactamente eso, y para comprobarlo ahí esta la manera en que la presidencia forzó a la mayoría priísta a hacer suya la agenda del Ejecutivo en materia del impopular impuesto al valor agregado (IVA). Sin embargo, ahora vemos que ese original deseo de "distancia", reapareció en otros campos donde ya no resulta tan sano.

Para empezar, está el caso de Tabasco, donde el presidente o cualquier otra instancia del Poder Ejecutivo no ha dicho ni hecho nada al respecto de un gobernador cuya victoria electoral, en caso de haber sido efectivamente tal, se logró de manera desleal e ilegal. Con miles de documentos cuya autenticidad no ha sido negada, la oposición -el PRD- demostró que Roberto Madrazo Pintado gastó en su campaña electoral una cantidad por lo menos superior en 60 veces al tope fijado por la ley. Todo indica que en enero, el Jefe del Ejecutivo había

decidido remover a Roberto Madrazo de su puesto invitándolo a colaborar en el gobierno central, pues fue esa una condición para que el PRD firmara el Acuerdo Político Nacional de principio de año, pero luego dio marcha atrás. Finalmente el acuerdo político falló y Roberto Madrazo, apoyado por los intereses locales, se atrincheró en su palacio de gobierno y ahí sigue.

En Guerrero existe otra situación difícil que se agrava. De ser cierta la información que se acaba de publicar en la prensa, la victoria del gobierno contra los guerrilleros de ese estado en la guerra sucia de los años setenta, resultó ser relativa (*El Financiero*, 16 de julio). Al aplastamiento militar de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas no le siguió un cambio económico, político y social profundo, capaz de extirpar las verdaderas razones del descontento que esos líderes personificaban. Hoy, aparentemente la resistencia armada ha resurgido el triángulo Tepetitla, Coyuca de Benítez y Atoyac de Alvarez; es una resistencia que se nutre de la memoria del pasado, de la frustración que nace a la oposición política legal -el PRD- se le ha hostilizado de manera ininterrumpida y violenta desde el poder, y del descontento y resentimiento que acompañan a la marginación estructural. Con acciones policiacas como la del 28 de junio, donde en menos de un minuto la policía del estado acabó con 17 campesinos perredistas, y a la que se debe sumar el asesinato de otros tres militantes más del PRD, no se va a resolver el problema.

Frente a una situación tan urgente como la de Guerrero, y siempre según la información de *El Financiero*, Carlos Salinas que la conocía por los informes del servicio de inteligencia encabezado por Arsenio Farrell, prefirió ignorarla y no actuar para mantener artificialmente un ambiente de calma compatible con es "yo voto por la paz" que eligió a Ernesto Zedillo. Hoy, el problema ya no se puede soslayar y sin embargo eso es justamente lo que pareciera estar ocurriendo. La mayoría priísta en el Congreso simplemente se ha negado a actuar y ha optado por el *status quo*; por su parte, el presidente ha elegido el mismo camino escudándose, como en Tabasco, en un respeto por la autonomía local mal entendido y que, a fin de cuentas, nunca ha existido. Hasta ahora, Legislativo y Ejecutivo han optado por permanecer "como ausentes" en vez de enfrentar el problema, justo como en el caso de Tabasco.

Y luego está Yucatán. Si la acción del caciquismo tabasqueño echó por tierra el Acuerdo Político Nacional, la forma como se llevaron a cabo las elecciones de Yucatán -dejar en manos de Víctor Cervera el control de su propia elección-, ha llevado a que el presidente Zedillo pierda, al menos por ahora, el apoyo de quien podría ser su aliado natural en este momento: el PAN. Hoy Víctor Cervera se atrinchera en su feudo, y como resultado de los anterior, el panismo reafirma su negativa a sentarse en la mesa de las negociaciones para llegar a pactar las reglas de la transición mexicana, que hasta ahora es caótica y sin rumbo.

El Distrito Federal es, por definición, un ámbito de competencia y acción directa del poder presidencial. Aquí no hay supuesta la soberanía local en la que el Ejecutivo se pueda escudar para no actuar: él es el que gobierna a través del regente que él nombró. Pues bien, es obvio que la capital no tiene el gobierno que necesita, pero la presidencia deja que las cosas sigan su curso, sin intervenir ni asumir responsabilidades.

En la capital, los delitos han registrado un aumento del 37 por ciento en el primer semestre del año respecto de igual período en el año anterior (Rafael Ruiz Harell, *Reforma*, 18 de julio). Un magistrado -Abraham Polo- renunció a su puesto, denunció la corrupción en el sistema de administración de justicia y luego fue asesinado. Dentro del aparato de gobierno, dentro de la presidencia, nadie hace nada al respecto. Sólo la presión de la opinión pública obligó finalmente al presidente del Tribunal Superior de Justicia del D.F a renunciar.

En Suma. Tan indeseable es una presidencia que se comporta como si su titular fuera la fuente misma de la soberanía, como aquella que abdica de su responsabilidad en el momento en que el sistema antiguo se desmorona pero cuando el nuevo aún no surge.

La responsabilidad histórica de Ernesto Zedillo es enorme e ineludible. La que fuera la superpresidencia no puede simplemente optar por desaparecer: debe preparar, con decisión e inteligencia, el camino de la nueva, de la presidencia

responsable y acotada democráticamente, Hasta ahora, ni el líder de la clase política misma, se han mostrado a la altura de las circunstancias. El estar "como ausente" puede ser aceptable en la relación poética, pero es inadmisibile en la relación política.